

Prólogo para la traducción catalana de *El Capital* (1983)

Nota de edición a cargo de Salvador López Arnal

Tras finalizar sus estudios de posgrado en el Instituto de Lógica y Fundamentos de la Ciencia de la Universidad de Münster (Westfalia), Manuel Sacristán Luzón (1925-1985) inició su militancia en el PCE-PSUC en la primavera de 1956. Probablemente sería entonces cuando se adentraría por vez primera en las páginas del gran clásico marxiano. Pero fue a principios de los años setenta, al iniciar sus trabajos de dirección de la traducción castellana de la MEW con el título de OME (Obras de Marx y Engels) para Crítica-Grijalbo, cuando estudió en profundidad la gran obra de madurez de Marx. Sacristán tradujo, anotó y presentó los libros I y II de El Capital y dejó a medias la traducción del tercero. La edición de las OME se interrumpió por "dificultades editoriales", ausencia de ventas. Las huellas de este minucioso estudio del clásico son manifiestas en tres de sus grandes escritos: «El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia» (Sobre Marx y marxismo, Icaria, Barcelona, 1983, pp. 317-369), «Karl Marx como sociólogo de la ciencia» (Lecturas de filosofía moderna y contemporánea, Trotta, Madrid, 2007, pp. 217-265, edición, presentación y anotación de Albert Domingo Curto) y «Algunos atisbos político-ecológicos de Marx» (Pacifismo, ecologismo y política alternativa, Icaria, Barcelona, 1987, pp. 139-150, edición al cuidado de Juan Ramón Capella, reeditado por Público en 2009). Reincorporado a la Facultad de Económicas de la Universidad de Barcelona en el curso 1976-77 tras la muerte del dictador golpista como profesor de Metodología de las Ciencias Sociales, fallecida su primera esposa-compañera Giulia Adinolfi en febrero de 1980, Sacristán impartió dos cursos de posgrado en la UNAM en el curso 1982-83. Fue entonces, en México DF, cuando escribió este prólogo a la edición catalana de El Capital, en publicación conjunta de Edicions 62 y la Diputación de Barcelona y con traducción de Jordi Moners. El texto está fechado el 1º de mayo de 1983. No fue la única vez que utilizó esta referencia a la jornada de lucha, fiesta fraternal y recuerdo de los trabajadores y trabajadoras de todo el mundo. Las notas a pie de página del texto pertenecen al editor.

La aparición de esta traducción catalana de *El Capital* puede parecer intempestiva. El libro sale, en efecto, alrededor de un siglo después de que empezara a estar presente en la vida social y cultural de Cataluña; y, además, en un momento que no se puede considerar de mucho predicamento de la obra de su autor, sobre todo en comparación con lo que ocurría hace quince o veinte años.

Es obvio que la primera circunstancia tiene mucho que ver con los obstáculos con que ha tropezado la cultura superior catalana durante estos cien años, desde los de lejana raíz histórica hasta los particularmente difíciles que levantó el franquismo. Desde el punto de vista de esta consideración, la publicación de *El Capital* en catalán, como la de cualquier otro libro clásico, es una buena noticia para todos los que se alegran de que los pueblos y sus lenguas vivan y florezcan.

La segunda circunstancia –el hecho de que este libro aparezca en catalán en un momento que no es de los más favorables para él– puede facilitar una buena lectura. Esto no tiene mucho de paradójico: cualquier libro y cualquier autor pagan el hecho de estar muy de moda con una simplificación más o menos burda de su contenido o con versiones apologeticas demasiado estilizadas. Es posible que sólo a este precio la obra influya extensamente: por eso nadie es dueño de sus propias influencias. En el caso de *El Capital* todo esto adquiere proporciones grandes y reales. Y, puesto que «gris es toda teoría y verde el árbol de la vida», seguramente es más jugoso el caos de la influencia práctica de las lecturas dudosas propias de las épocas de éxito de una obra que el fruto de una lectura tranquila, relativamente fácil en una situación de escasa acción social de las ideas leídas.

En cualquier caso, el lector de *El Capital* puede beneficiarse hoy de la conclusión de las polémicas de los años sesenta y setenta acerca de la posición y la importancia de este libro en la obra de su autor. Hoy debería estar salomónicamente claro, por una parte, que *El Capital* es la obra máxima de la madurez de Marx (como, tal vez innecesariamente, lo proclamó con gran énfasis Louis Althusser) y, por otra parte, que *El Capital* no es toda la “Economía” planeada por su autor, ni lo habría sido aunque Marx lo hubiera terminado (como no menos insistentemente lo enseñó Maximilien Rubel en las polémicas aludidas).

Pero quizá no haya que hacerse ilusiones acerca de la superación definitiva de polémicas causadas por lecturas unilaterales de Marx impregnadas de intereses ideológicos o políticos. Tal vez ni siquiera se haya acallado para siempre la disputa acerca de la relación entre el «Marx joven» y el «Marx maduro», que presidió la literatura marxológica de los últimos decenios y en cuyo marco se inscribieron las tomas de posición de Althusser y Rubel. La verdad es que toda persona hecha a criterios académicos de discusión tiene motivos para considerar resuelta esta *vexatam quaestionem*. Pero no se puede decir lo mismo de los que leen a Marx con el deseo de encontrar en él argumentos, o, por lo menos, palabras en que apoyar tesis políticas propias. Así, por ejemplo, bajo el betselleriano título de *Adiós al proletariado*,¹ André Gorz ha publicado recientemente unos escritos que, en lo que tienen de exégesis de Marx, utilizan líneas de pensamiento del autor procedentes de épocas diferen-

¹ Entre la documentación de Manuel Sacristán depositada actualmente en la biblioteca de la Facultad de Economía y Empresa de la Universidad de Barcelona, pueden consultarse sus anotaciones críticas sobre esta obra de A. Gorz.

tes de su desarrollo y aparentemente discordes, sin trabajar el problema histórico y textual que plantea esta situación. Parecería que esto no fuera posible en Francia después del *Pour Marx* [*La revolución teórica de Marx*] y el *Lire le Capital* [*Para leer El Capital*] de Althusser, pero lo es.

Sin embargo, a pesar de la aparente inmortalidad de este asunto de los dos Marx –el joven y el maduro, el filosófico y el científico–, es razonable pensar que se trata de un asunto mucho menos importante para el futuro de lo que ha sido en el pasado reciente. Pues las reconstrucciones del pensamiento marxiano unilateralmente basadas en uno u otro de los “dos” Marx están en peligro de no oír siquiera los interrogantes nuevos que una nueva época del «desarrollo de las fuerzas productivas» va a dirigir a la lectura de Marx.²

En efecto, prescindiendo de la caducidad de tesis particulares de Marx, la historia reciente y las anticipaciones hipotéticas del futuro próximo coinciden en quitar verosimilitud a la hipótesis marxiana acerca de la función del desarrollo de las fuerzas productivas materiales e intelectuales en su modelo de revolución socialista.

La acentuación unilateral de la importancia del Marx maduro –el Marx de *El Capital* y de sus borradores, de la fase de su vida que empieza en 1857 y dura hasta sus años últimos–, con desprecio de la obra anterior a esa fase, se apoya decisivamente en la objetividad de las leyes históricas, centradas en última instancia en torno a la creciente “contradicción” entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción de una época de crisis. Ahora bien, ciertas consideraciones bastante obvias tienden a desbaratar este modelo por lo que hace a la crisis de nuestros días, o, por lo menos, a la predicción que a este respecto enuncia la vulgata marxista. Los textos de Marx sugieren desde 1848 que su autor creía que las fuerzas productivas entonces operantes estaban entrando en “contradicción” con las relaciones de producción capitalistas y que la resolución de esa “contradicción”³ sólo podía ser el socialismo. Una lectura lo más literal posible de esos textos permite salvar el modelo teórico general marxiano (pues sin duda se puede entender el florecimiento de las sociedades anónimas industriales y financieras como la revolución de las relaciones de producción resolutoria de la “contradicción” con el desarrollo de las fuerzas productivas señalada por Marx en aquellos años), pero no su predicción socialista.⁴ Esto mismo ocurre hoy, pero todavía

² Sobre este punto y su noción de fuerzas productivo-destructoras, véase uno de sus artículos más celebrados: M. Sacristán, «¿Qué Marx se leerá en el siglo XXI?», *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, Icaria, Barcelona, pp. 123-129.

³ El entrecomillado de “contradicción” señala un uso no lógico-formal, equivalente a contraposición, oposición, choque, enfrentamiento. Véase M. Sacristán, *Sobre dialéctica*, El Viejo Topo, Barcelona, 2009.

⁴ En una entrevista de 1983 con la revista mexicana *Dialéctica* (ahora en *De la Primavera de Praga al marxismo ecologista. Entrevistas con Manuel Sacristán Luzón*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2004, pp. 147-178, edición de F. Fernández Buey y S. López Arnal), señalaba: «Reconozco que reflexiones análogas del viejo Marx –la carta a Vera Sassulich o la carta a Engels sobre los ferrocarriles– me han abierto el camino para pensar que no hay contradicción referente a la acción del desarrollo de las fuerzas productivo-destructoras, y una concepción política socialista que no confíe ciega e indiscriminadamen-

más demoledoramente para la predicción marxiana, porque las fuerzas productivas cuyo desarrollo caracteriza nuestra presente civilización no han sido ni soñadas por Marx, pero, a pesar de ello, la predicción del inminente «paso al socialismo» no es más verosímil que en 1848. Esta consideración quita mucho atractivo al marxismo teorístico, objetivista y científicista, basado en el «Marx maduro», que predominó en el marxismo de los países capitalistas durante los años sesenta y setenta. Aquella lectura de Marx tenía graves defectos internos –principalmente la incoherencia entre su científicismo y la inspiración hegeliana, presumiblemente ignorada por sus protagonistas, de su infalibilismo y objetivismo histórico–, pero sin duda es la evolución política y económica ocurrida desde entonces lo que más la desacredita. Por lo demás, ese teoricismo marxista se veía obligado a despreciar no solo la obra del «Marx joven», del que tanto se discutía, sino también la del menos leído «Marx viejo», el cual había escrito categóricamente, en una carta hoy célebre a la revolucionaria rusa Vera Sassulich, que sus tesis de *El Capital* se referían exclusivamente a las sociedades europeas occidentales.⁵

Pero no es probable que la reconocida implausibilidad de la imagen de un Marx teórico puro, o autor de ciencia pura, tal como tendió a verlo el estructuralismo, haga hoy más convincente la vuelta a una interpretación de la obra marxiana desde el «Marx joven», desde los manuscritos de 1844 principalmente, como la cultivada por varias escuelas marxistas o marxológicas en los años cincuenta, con desprecio más o menos acentuado del “positivismo” de *El Capital*. También en este punto lo decisivo ha de ser *la práctica*, esto es, un criterio de coherencia con las necesidades sociales. No parece que los conceptos fundamentales del Marx filósofo (que así es como habría que llamarle, más que «Marx joven») –humanidad genérica, alienación,⁶ retrocaptación de la alienación, etc.–, por interesantes que sean y por adecuadamente que expresen las motivaciones y las valoraciones comunistas marxianas, sean por sí solos suficientemente operativos para permitir un manejo eficaz del intrincado complejo de problemas tecnológicos, sociales y culturales con que se ha de enfrentar hoy un proyecto socialista. Para eso hace falta ciencia, *positivista* conocimiento de lo que hay, de lo *dado*, cuyo estudio es tan antipático para el revolucionario romántico cuanto imprescindible para toda práctica no fantasmagórica. Esto hará siempre de *El Capital* una pieza imprescindible de cualquier lectura sensata de Marx, pues esas dos mil páginas y pico contienen el esfuerzo más continuado y sistemático de su autor para conseguir una comprensión científica de lo que hay y de sus potencias y tendencias de cambio.

te en el desarrollo de las fuerzas productivo-destructivas, sino que conciba la función de una gestión socialista –y no digamos ya de la comuna– como administración de esas fuerzas, no como simple levantamiento de las trabas que les opongan las actuales relaciones de producción. *Me parece que una vez formulado así, esto resulta muy obviamente coherente con la idea de sociedad socialista, de sociedad regulada* [la cursiva es mía].

⁵ Véase M. Sacristán, *Escritos sobre El Capital (y textos afines)*, El Viejo Topo, Barcelona, 2004.

⁶ Entre otras aproximaciones a esta categoría filosófica, M. Sacristán: «Alienación», *Papeles de filosofía*, Icaria, Barcelona, 1984, pp. 411- 413. Igualmente, uno de sus primeros escritos marxistas: «Humanismo marxista en la “Ora marítima” de Rafael Alberti», *Nuestras Ideas*, núm. 1, mayo-junio de 1957, pp. 85-90.

Pero una visión científica adecuada, ni científicista ni apologética, tiene que partir de la revisabilidad de todo producto científico empírico. Lukács hizo una vez el experimento mental de preguntarse si quedaría algo del marxismo una vez que todas sus tesis particulares hubieran sido falsadas o vaciadas por la evolución social.⁷ Pensó que sí, que quedaría algo, a saber, el estilo de pensamiento muy abarcante y dinámico, histórico, que él llamó «método dialéctico». Admitiendo que esta idea de Lukács es muy convincente, habría que añadirle o precisarle algo: el programa dialéctico de Marx –que engloba economía, sociología y política, para totalizarse en la historia– incluye un núcleo de teoría en sentido estricto que, sin ser todo *El Capital*, se encuentra en esta obra. El programa mismo era ya entonces inabarcable para un hombre solo; seguramente esto explica muchos de los padecimientos psíquicos y físicos de Karl Marx; y también da su estilo de época a una empresa intelectual que hoy consideraríamos propia de un colectivo, y no de un investigador solo. Por eso *El Capital* quedó en muñón, y por esto es inconsistente todo intento de convertir su letra en texto sagrado. Pero lo que sí parece imperecedero es su mensaje de realismo de la inteligencia: un programa revolucionario tiene que incluir conocimiento, poseer ciencia. Por su propia naturaleza, la ciencia real es caduca. Pero sin ella no puede llegar a ser aquello que no es ciencia. Por esta convicción ha dedicado Marx su vida y ha sacrificado mucho de su felicidad –con el turbio resultado que eso suele arrojar–⁸ en la redacción de estas miles de páginas que al final le producían tan escaso entusiasmo que se limitó a sugerir que Engels “hiciera algo” con ellas.

⁷ G. Lukács, «¿Qué es el marxismo ortodoxo?», en *Historia y consciencia de clase*, Grijalbo, Barcelona, 1969 (traducción de Manuel Sacristán).

⁸ Sobre el difícil, laborioso, largo y complejo proceso de creación, información y escritura de *El Capital*, véase Mary Gabriel, *Amor y Capital*, El Viejo Topo, Barcelona, 2004, un libro que probablemente hubiera conmovido e interesado fuertemente a Manuel Sacristán y a su compañero y amigo Francisco Fernández Buey.